

SHARPE EN TRAFALGAR

BERNARD CORNWELL

SHARPE EN TRAFALGAR

Richard Sharpe y la batalla de Trafalgar,
21 de octubre de 1805

Traducción de Montse Batista



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sharpe's Trafalgar*

Diseño de la cubierta: Calderón Estudio

Primera edición: septiembre de 2020

© Bernard Cornwell, 2000
© de la traducción: Montserrat Batista, 2005
© de la presente edición: Edhasa, 2020
Diputación, 262, 2ª1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
E-mail: info@edhasa.es
<https://www.edhasa.es>

ISBN: 978-84-350-6365-4
Depósito legal: B. 13107-2020

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*,
bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
o entre en la web www.conlicencia.com.

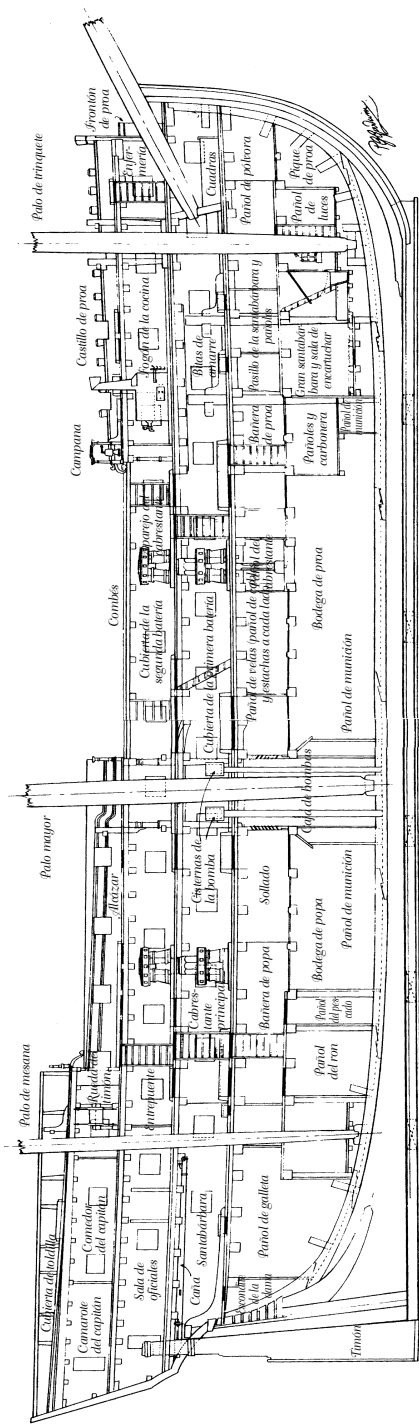
Impreso en Black Print CPI

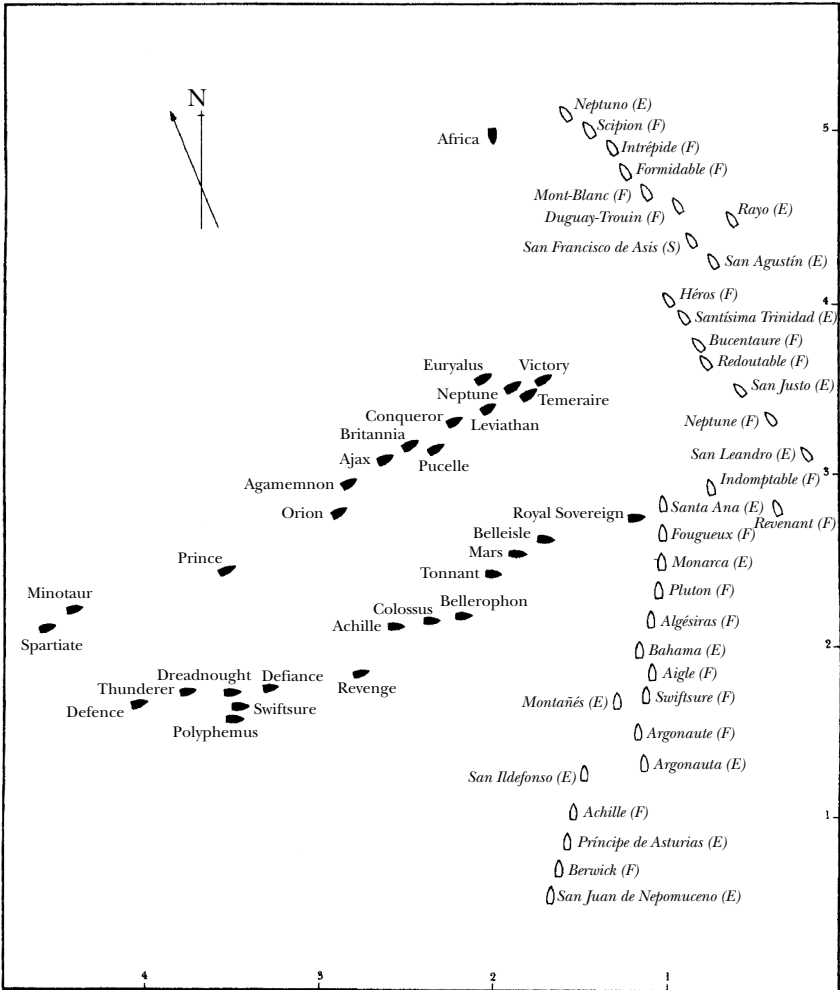
Impreso en España

Sharpe en Trafalgar va dedicado a Wanda Pan,
Anne Knowles, Janet Eastham, Elinor
y Rosemary Davenport y Maureen Shettle.

Barco de tercera clase de setenta y cuatro cañones

<i>Eslera de la cubierta de la primera batería</i>	180 pies	<i>Lleva en la:</i>	28-32 libras
<i>Eslera de la quilla para arqueo</i>	148 pies	<i>Cubierta de la primera batería</i>	30-24 ídem
<i>Manga</i>	48 pies 8 pulgadas	<i>Cubierta de la segunda batería</i>	12-9 ídem
<i>Calado</i>	19 pies 9 pulgadas	<i>Alcázar</i>	4-9 ídem
<i>Tonelaje</i>	1864 48/94	<i>Castillo de proa</i>	





La batalla de Trafalgar (21 de octubre de 1805).
Las flotas antes de entrar en combate

■ Flota británica

○ Flota combinada francesa (F) y española (E)

CAPÍTULO 1

–Ciento quince rupias –dijo el alférez Richard Sharpe, contando el dinero que había sobre la mesa.

Nana Rao farfulló unas palabras de desaprobación, traqueteó algunas cuentas por las barras de alambre de su ábaco y negó con la cabeza.

–Ciento treinta y ocho rupias, *sahib*.

–¡Ciento quince, maldita sea! –insistió Sharpe–. Eran catorce libras, siete chelines y tres peniques y medio.

Nana Rao examinó a su cliente mientras consideraba si continuar o no con la discusión. Vio a un joven oficial, un simple abanderado sin importancia, pero aquel humilde inglés tenía un rostro de expresión muy dura, con una cicatriz en la mejilla derecha, y no demostraba ningún temor ante los dos descomunales guardaespaldas que protegían a Nana Rao y su almacén.

–Ciento quince, como usted diga –admitió el mercader, y barrió las monedas con la mano para meterlas en una gran caja negra donde guardaba el dinero. Se encogió de hombros como para disculparse ante Sharpe–. Me hago viejo, *sahib*, ¡y me encuentro con que no sé contar!

–Claro que sabe contar –respondió Sharpe–, aunque piensa que yo no...

–Pero seguro que quedará muy satisfecho con sus compras –dijo Nana Rao, porque Sharpe se acababa de convertir en el poseedor de una cama colgante, dos mantas, un arcón de viaje de teca, un farol y una caja de velas, un tonel de *arrack*, un balde de madera, una caja de jabón,

otra de tabaco y un aparato para filtrar hecho de latón y madera de olmo que, según le habían asegurado, convertía el agua de los más sucios barriles almacenados en lo más hondo de la bodega de un barco en el más dulce y agradable de los líquidos.

Nana Rao había hecho una demostración de cómo usar el filtro y le había asegurado que lo habían traído desde Londres como parte del equipaje de un directivo de la Compañía de las Indias Orientales que había insistido en que su equipo fuera de la mejor calidad.

—Usted pone el agua aquí, ¿lo ve? —El mercader había vertido aproximadamente una pinta de agua turbia en el compartimento superior de latón—. Y entonces deja que el agua se aclare, señor Sharpe. En cinco minutos será transparente como el cristal. Observe, observe. —Levantó el compartimento superior para mostrar que el agua chorreaba por las apretadas capas de muselina del filtro—. Yo mismo he limpiado el filtro, señor Sharpe, y le garantizo la eficacia del artículo. Sería una pena lamentable que muriera de oclusión intestinal a causa del lodo por no haber comprado este trasto.

De modo que Sharpe lo compró. No quiso adquirir una silla, una librería, un sofá ni un lavabo, piezas de mobiliario todas ellas que habían utilizado los pasajeros que habían hecho el viaje de Londres a Bombay, pero sí pagó por el aparato de filtrar y todos los demás artículos, porque de lo contrario su travesía de regreso a casa sería terriblemente incómoda. Los pasajeros del gran barco mercante de la Compañía de las Indias Orientales tenían que proveerse ellos mismos de mobiliario.

—A no ser que quiera usted dormir en cubierta, *sahib*. ¡Es muy duro! ¡Muy duro! —Nana Rao se rio. Era un hombre regordete y de apariencia amistosa, con un largo bigote negro y sonrisa fácil. Su negocio consistía en comprar el mobiliario de los pasajeros que llegaban, para luego ven-

dérselo a los que regresaban a casa—. Usted deje la mercancía aquí —le dijo a Sharpe— y, el día que tenga que embarcar, mi primo se la entregará en el barco. ¿Cuál es su barco?

—El *Calliope* —respondió Sharpe.

—¡Ah! ¡El *Calliope*! El capitán Cromwell... Lamentablemente el *Calliope* está anclado en el fondeadero, así que las mercancías deberán transportarse hasta él en bote, pero mi primo cobra muy poco por un servicio de este tipo, señor Sharpe, muy poco, y cuando usted haya llegado felizmente a Londres podrá vender los artículos y sacar unos buenos beneficios.

Lo cual podría ser o, más probablemente, no ser verdad, aunque al final resultó irrelevante, porque aquella misma noche, dos días antes de que Sharpe embarcara, el almacén de Nana Rao ardió hasta quedar reducido a cenizas y toda la mercancía (camas, librerías, faroles, filtros de agua, mantas, cajas, mesas y sillas, el *arrack*, jabón, tabaco, brandi y vino) supuestamente se consumió con él. Por la mañana no quedaban más que cenizas, humo y un grupo de dolientes chillones que lamentaban que el bondadoso Nana Rao hubiera muerto en el incendio. Por suerte había otro almacén, situado a menos de trescientos metros del arruinado negocio de Nana Rao, que estaba bien surtido con todo lo necesario para el viaje, y este segundo almacén sí hizo un negocio estupendo cuando los contrariados pasajeros hubieron de reemplazar sus artículos desaparecidos a unos precios que casi duplicaban lo que Nana Rao les había cobrado.

Richard Sharpe no compró nada en aquel segundo almacén. Llevaba cinco meses en Bombay y la mayor parte de ese tiempo se lo había pasado temblando y sudando en el hospital del castillo. Sin embargo, cuando la fiebre remitió, y mientras aguardaba la llegada del convoy anual procedente de Gran Bretaña con el barco que lo debía lle-

var a casa, se había dedicado a explorar la ciudad, desde las ricas viviendas de las colinas malabares hasta los pestilentes callejones cercanos a los muelles. En aquellos callejones había encontrado compañía, y fue uno de esos conocidos quien, a cambio de una guinea de oro, le proporcionó a Sharpe una pizca de información que, en opinión del alférez, valía mucho más de una guinea. En realidad, valía ciento quince rupias, y por ese motivo al caer la noche Sharpe se encontraba en otro callejón de las afueras del lado oeste de la ciudad. Vestía su uniforme, aunque encima se había puesto una envolvente capa hecha de arpillera barata, que estaba abundantemente impregnada de barro y mugre. Caminaba cojeando y arrastrando los pies, con el cuerpo inclinado y una mano extendida como si estuviera mendigando. Iba rezongando para sí mismo y sacudiéndose, y a veces se daba la vuelta y le gruñía a algún incauto sin ningún motivo aparente. Pasó totalmente inadvertido.

Encontró la casa que buscaba y se sentó en cuclillas junto a la pared. Una veintena de mendigos, algunos de ellos horriblemente mutilados, se agrupaba al lado de la puerta junto con casi un centenar de solicitantes que esperaban a que el propietario de la casa, un adinerado mercader, regresara de su lugar de negocios. El mercader llegó cuando ya había anochecido, montado en un palanquín encortinado que transportaban ocho hombres, mientras otra docena de ellos iba apartando a los mendigos a golpes con unos palos largos. Sin embargo, cuando el palanquín del mercader estuvo a salvo dentro del patio, las puertas se dejaron abiertas para que los solicitantes y los mendigos pudieran entrar. A los mendigos, y a Sharpe entre ellos, los empujaron a un lado del patio, y en cambio los peticionarios se agruparon al pie de los anchos peldaños que ascendían hasta la puerta de la casa. De los cocoteros que se arqueaban por encima del patio colgaban unos faroles,

mientras que en el interior de la gran casa la débil luz de las velas brillaba tras los postigos de filigranas. Sharpe, abriéndose camino a empujones, se acercó todo lo que pudo a la casa y permaneció en la sombra junto a los troncos de las palmeras. Bajo la capa grasienta, llevaba su sable de caballería y una pistola cargada, aunque esperaba no necesitar ninguna de las dos armas.

El mercader, que se llamaba Panjit, hizo esperar a los solicitantes y mendigos hasta que se hubo tomado la cena. Entonces se abrió la puerta de la casa y Panjit, resplandeciente en una larga túnica de seda amarilla bordada, apareció en lo alto de la escalera. Los solicitantes empezaron a decirle cosas en voz alta y los mendigos avanzaron arrastrando los pies, hasta que los palos de los guardaespaldas los hicieron retroceder. El mercader sonrió y luego hizo sonar una campanilla para captar la benevolencia de un dios pintado con vivos colores ubicado en una hornacina del muro del patio. Panjit hizo una reverencia ante el dios y entonces, en respuesta a los ruegos de Sharpe, un segundo hombre, vestido con una túnica de seda roja, salió por la puerta de la casa.

Ese otro hombre era Nana Rao. Lucía una amplia sonrisa; no es de extrañar, pues no había sufrido los estragos del fuego y, tal como había revelado la guinea de Sharpe, también era primo hermano de Panjit, que era el mercader que tanto se había beneficiado al poseer el segundo almacén que había repuesto las mercancías supuestamente destruidas en el desastroso incendio de Nana Rao. Todo había sido un ingenioso engaño que había permitido a los primos vender los mismos artículos dos veces. Aquella noche, ahítos de sus pingües beneficios, estaban eligiendo a los hombres a quienes se les daría el lucrativo trabajo de llevar a remo a los pasajeros con sus pertenencias hasta los grandes barcos que permanecían en el fondeadero. Los elegidos debían pagar por aquel privilegio, enriqueciendo

así aún más a Panjit y Nana Rao, y los primos, conscientes de su buena fortuna, pensaban ganarse la benevolencia de los dioses distribuyendo unas insignificantes monedas entre los mendigos. Sharpe pensó que podía acercarse a Nana Rao como suplicante y luego despojarse de la mugrienta capa y avergonzar al hombre de tal manera que le devolviera su dinero. Los guardaespaldas de aspecto feroz que se hallaban al pie de los escalones sugerían que su pobre plan podría resultar más complicado de lo que él preveía, pero Sharpe supuso que Nana Rao no querría que su engaño saliera a relucir, por lo que probablemente no tendría inconveniente en pagarle.

Sharpe estaba ahora más cerca de la casa. Se había fijado en que habían llevado el palanquín a un estrecho y oscuro pasaje que corría junto al edificio y que al parecer desembocaba en un patio situado en la parte trasera de la casa, y estaba considerando la idea de avanzar por aquella calleja y luego volver por el interior del edificio y acercarse a Nana Rao por la espalda, pero los guardaespaldas hacían retroceder a golpes a todos los mendigos que se aventuraban a acercarse al pasaje. A los solicitantes se les dejaba subir por los escalones en pequeños grupos, pero los mendigos tenían que esperar hasta que terminara el negocio principal de la noche.

Sharpe se imaginó que aquélla sería una larga noche, pero se resignó a esperar, con la capucha de la capa echada por encima del rostro. Se agachó junto a la pared a observar, al acecho de una oportunidad para meterse corriendo en el pasaje que avanzaba junto a la casa, pero entonces un criado que había estado vigilando la puerta exterior se abrió paso a empujones entre la multitud y le dijo algo al oído a Panjit. Por un instante, el mercader pareció alarmado y se hizo el silencio en el patio, pero entonces le susurró algo a Nana Rao, que se limitó a encogerse de hombros. Panjit dio unas palmadas y les soltó unos gritos a los guar-

daespaldas, que hicieron retroceder enérgicamente a los solicitantes para que abrieran un paso entre la puerta y los escalones. Estaba claro que alguien venía a la casa, y Nana Rao, nervioso ante su aparición, se sumergió en la negra sombra de la parte trasera del porche.

Ahora Sharpe tenía el camino despejado para meterse en el pasaje próximo a la casa, pero curiosamente se quedó donde estaba. Se oyó un alboroto procedente del callejón, parecido a los abucheos y el barullo que siempre acompañan a un grupo de agentes de policía cuando recorren las calles menores de Londres. Entonces la puerta exterior se abrió del todo y Sharpe no pudo hacer otra cosa que quedarse mirando asombrado.

En la puerta había un grupo de marineros británicos a las órdenes de un capitán de la marina (nada menos que un capitán), que iba impecable, con bicornio, levita azul, bombachos y medias de seda, zapatos con hebilla de plata y una fina espada. La luz de los faroles se reflejaba en el cordón dorado de sus charreteras gemelas. Se quitó el sombrero, dejando al descubierto un espeso cabello rubio, sonrió e hizo una reverencia.

—¿Tengo el honor —preguntó— de haber llegado a la casa de Panjit Lashti?

Panjit asintió con un cauteloso movimiento de cabeza.

—Sí, ésta es su casa —dijo en inglés.

El capitán de la marina se volvió a poner el sombrero.

—He venido —anunció con una voz amistosa que tenía un marcado acento de Devonshire— a buscar a Nana Rao.

—No está aquí —contestó Panjit.

El capitán dirigió una rápida mirada a la figura con la túnica roja entre las sombras del porche.

—Su fantasma ya nos sirve.

—Ya se lo he dicho —dijo Panjit, y el desafío hizo que su voz sonara enojada—. No está aquí. Está muerto.

El capitán sonrió.

–Me llamo Chase –dijo con cortesía–, capitán Joel Chase, de la Marina de Su Majestad Británica, y le agradecería mucho que Nana Rao viniera conmigo.

–Su cuerpo fue incinerado –declaró Panjit, furioso– y sus cenizas se arrojaron al río. ¿Por qué no lo busca allí?

–No está más muerto que usted o que yo –replicó Chase, y con una señal de la mano indicó a sus hombres que avanzaran. Había llevado consigo a una docena de marineros, todos vestidos de forma idéntica, con pantalones blancos de dril, holgadas camisas blancas y unos sombreros de paja endurecidos con brea y ceñidos con unas cintas rojas y blancas. Iban peinados con largas coletas y llevaban unos palos gruesos que Sharpe supuso que eran barras de cabrestante. Su líder era un hombre enorme cuyos antebrazos desnudos estaban llenos de tatuajes; a su lado había un negro, igual de alto que él, que empuñaba la barra de cabrestante como si fuera un bastón de mando de avellano–. Nana Rao –Chase dejó de fingir que el mercader estaba muerto–, me debe usted un montón de dinero y he venido a buscarlo.

–¿Con qué autoridad se presenta usted aquí? –quiso saber Panjit. La multitud, que en su mayoría no entendía el inglés, observaba a los marineros con nerviosismo, pero los guardaespaldas de Panjit, que superaban en número a los hombres de Chase e iban igual de bien armados, parecían ansiosos por lanzarse sobre los marineros.

–Mi autoridad –dijo Chase presuntuosamente– es mi monedero vacío. –Sonrió–. Seguro que no desea que utilice la fuerza, ¿verdad?

–Utilice la fuerza, capitán Chase –respondió Panjit con la misma presuntuosidad–, y al amanecer se verá usted ante un juez.

–Acudiré gustosamente a los tribunales –replicó Chase– siempre y cuando Nana Rao esté a mi lado.

Panjit agitó las manos como si ahuyentara a Chase y a sus hombres para que se fueran de su patio.

–Usted va a marcharse, capitán. Usted va a marcharse de mi casa ahora mismo.

–Me temo que no –dijo Chase.

–¡Váyase! ¡O llamaré a las autoridades! –insistió Panjit.

Chase se volvió hacia el enorme hombre tatuado.

–Nana Rao es ese bastardo del bigote y la túnica de seda roja, contraamaestre. Cójalo.

Los marineros británicos se abalanzaron hacia delante, entusiasmados ante la oportunidad de una pelea, pero no menos ansiosos estaban los guardaespaldas de Panjit, de modo que los dos grupos se encontraron en el centro del patio con un escalofriante entorchocar de palos, cráneos y puños. Al principio, los marineros fueron los mejor parados, pues habían embestido con tal ferocidad que habían hecho retroceder a los guardaespaldas hasta el pie de los escalones, pero los hombres de Panjit eran más numerosos y estaban más acostumbrados a las luchas con aquellos largos garrotes. Se agruparon en las escaleras y utilizaron los palos como si fueran lanzas para enredarlos en las piernas de los marineros y, uno a uno, los hombres con coleta tropezaron y fueron abatidos. El contraamaestre y el negro fueron los últimos en caer. Intentaron proteger a su capitán, que se valía de sus puños con destreza, pero por desgracia los marineros británicos habían subestimado a sus oponentes y ya no tenían nada que hacer.

Sharpe se desplazó sigilosamente hacia las escaleras, apartando a los mendigos a codazos. La multitud abucheaba a los derrotados marineros británicos, Panjit y Nana Rao se reían, en tanto que los solicitantes, envalentonados por el éxito de los guardaespaldas, se empujaban los unos a los otros para poder pegarles una patada a los hombres caídos. Algunos guardaespaldas lucían los sombreros alqui-

tranados, y otro se pavoneaba triunfalmente con el bicornio de Chase en la cabeza. Habían hecho prisionero al capitán: dos hombres lo tenían inmovilizado sujetándolo por los brazos.

Uno de los guardaespaldas se había quedado con Panjit y advirtió que Sharpe se dirigía hacia los escalones. Bajó tras él a toda prisa, gritándole a Sharpe que debía retroceder, y cuando vio que el mendigo con capa no obedecía intentó propinarle un puntapié. Sharpe agarró el pie de aquel hombre y lo empujó hacia arriba, de manera que éste cayó de espaldas y su cabeza golpeó contra el primer escalón con un horrible golpe sordo que pasó desapercibido en medio de aquella ruidosa celebración de la derrota británica. Panjit gritaba pidiendo silencio, con las manos en alto. Nana Rao se reía y sus hombros temblaban con el júbilo. Mientras tanto, Sharpe permanecía en la sombra de los arbustos a un lado de la escalera.

Los victoriosos guardaespaldas empujaron a los solicitantes y a los mendigos para apartarlos de los magullados y ensangrentados marineros que, desarmados, lo único que podían hacer era observar cómo a su despeinado capitán lo conducían ignominiosamente y a empujones hacia el pie de la escalera. Panjit meneó la cabeza con fingida tristeza.

—¿Qué voy a hacer con usted, capitán?

Chase se soltó las manos de una sacudida. Su cabello rubio estaba oscurecido por la sangre que le bajaba en un hilo por la mejilla, pero aun así se mostró desafiante.

—Le sugiero —dijo— que me entregue a Nana Rao y que le rece al dios en quien confíe, sea cual sea, para que no lo lleve ante los jueces.

Panjit pareció afligido.

—Será usted, capitán, quien vaya a los tribunales —dijo él—, ¿y qué imagen va a dar con ello? ¿El capitán Chase, de la Marina de Su Majestad Británica, condenado por entrar

por la fuerza en una casa particular y armar camorra como un borracho? Creo, capitán Chase, que será mejor que usted y yo discutamos los términos de un acuerdo para evitar semejante destino. –Panjit aguardó, pero Chase no dijo nada. Era un hombre derrotado. Panjit miró con el ceño fruncido al guardaespaldas que tenía el sombrero del capitán y le ordenó que se lo devolviera. Acto seguido, sonrió–. Yo deseo evitar un escándalo tanto como usted, capitán, pero yo voy a sobrevivir a cualquier escándalo que suscite este triste asunto, y en cambio usted no. Así pues, creo que sería mejor que me hiciera una oferta.

Un fuerte chasquido interrumpió a Panjit. No fue un único chasquido, sino algo más parecido a un fuerte chirrido metálico que terminó con el sonido consistente de una pistola al ser amartillada, Panjit se dio la vuelta y vio que un oficial de casaca roja, cabello negro y una cicatriz en el rostro se hallaba de pie junto a su primo y sujetaba la ennegrecida boca de la pistola contra la sien de Nana Rao.

Los guardaespaldas miraron a Panjit, vieron que se tambaleaba y algunos de ellos alzaron sus palos y avanzaron hacia las escaleras, pero Sharpe agarró del pelo a Nana Rao con la mano izquierda y le dio una patada en la parte trasera de las rodillas, de modo que el mercader se desplomó con fuerza soltando un grito de dolida sorpresa. La repentina brutalidad y la evidente disposición de Sharpe para apretar el gatillo frenaron a los guardaespaldas.

–Creo que será mejor que me haga una oferta –le dijo Sharpe a Panjit–, porque este primo muerto suyo me debe catorce libras, siete chelines y tres peniques y medio.

–Guarde esa pistola –dijo Panjit al mismo tiempo que, con un gesto de la mano, indicaba a los guardaespaldas que retrocedieran. Estaba nervioso. Tratar con un educado capitán de la marina que sin duda era un caballero era una cosa, pero el alferez de casaca roja parecía un salvaje

y a Nana Rao se le clavaba la boca de la pistola en la cabeza, con lo que el mercader gimoteaba de dolor—. Guarde la pistola –dijo Panjit con voz tranquilizadora.

–¿Cree que soy tonto? –replicó Sharpe en tono despectivo—. Además, el juez no puede hacerme nada si le pego un tiro a su primo. ¡Ya está muerto! Usted mismo lo dijo. No es más que cenizas en el río. –Le retorció el pelo a Nana Rao, y eso hizo que el hombre postrado de rodillas soltara un grito ahogado—. Catorce libras –dijo Sharpe–, siete che-lines y tres peniques y medio.

–¡Pagaré! –exclamó Nana Rao con voz entrecortada.

–Y el capitán Chase también quiere su dinero –dijo Sharpe.

–Doscientos dieciséis guineas –terció Chase, que estaba sacudiendo el polvo del sombrero–, aunque creo que nos merecemos un poco más por haber hecho el milagro de devolverle a la vida a Nana Rao...

Panjit no era idiota. Miró a los marineros de Chase, que estaban recogiendo sus barras de cabrestante y se preparaban para continuar con la pelea.

–¿Sin jueces? –le preguntó a Sharpe.

–Detesto a los jueces –respondió éste.

En el rostro de Panjit se asomó una sonrisa.

–Si le soltara el pelo a mi primo –sugirió– entonces creo que podríamos hablar de negocios.

Sharpe dejó a Nana Rao, bajó el pedernal de la pistola y dio un paso hacia atrás. Se puso por un momento en posición de firmes.

–Alférez Sharpe, señor –se presentó a Chase.

–Usted no es un alférez, Sharpe, sino un ángel del Señor. –Chase subió los escalones con la mano extendida. A pesar de la sangre que tenía en la cara, seguía siendo un hombre bien parecido, seguro y simpático, lo que parecía provenir de su carácter satisfecho y afable—. Usted ha sido el *deus ex machina*, alférez, y es bienvenido igual que una

puta en la cubierta de batería o que una brisa en las zonas de calmas subtropicales. –Hablaba en tono desenfadado, pero no cabía duda sobre el fervor de su agradecimiento y, en lugar de darle a Sharpe la mano, lo abrazó–. Gracias –susurró, y luego se apartó–. ¡Hopper!

–¿Señor? –El enorme contramaestre de brazos tatuados que había estado tumbando enemigos a diestro y siniestro antes de que lo arrollaran dio un paso al frente.

–Despeje las cubiertas, Hopper. Nuestros enemigos desean discutir los términos de su rendición.

–A la orden, mi capitán.

–Éste es el alférez Sharpe, Hopper. Hay que tratarlo como al más honrado de los amigos.

–A la orden, mi capitán –dijo Hopper con una sonrisa.

–Hopper está al mando de la tripulación de mi barcaza –le explicó Chase a Sharpe–, y esos maltrechos caballeros son sus remeros. Tal vez esta noche no se recuerde como una de nuestras grandes victorias, caballeros –Chase se dirigía entonces a sus hombres magullados y ensangrentados–, pero no deja de ser una victoria, y les doy las gracias por ello.

Se despejó el patio, fueron a buscar sillas a la casa y se discutieron los términos del acuerdo.

«Ha sido una guinea muy bien gastada», pensó Sharpe.

* * *

–Esos tipos me caían bastante bien –dijo Chase.

–¿Panjit y Nana Rao? Son unos granujas –comentó Sharpe–. Pero a mí también me caían bien.

–Aceptaron su derrota como caballeros.

–Tuvieron suerte –dijo Sharpe–. Debieron de hacer una fortuna con ese incendio.

–Es el truco más viejo del mundo –dijo el capitán Chase–. En la Isla de los Perros había un tipo que siempre aseguraba que los ladrones se le habían llevado las provisiones la noche antes de que zarpara un barco extranjero, y las víctimas siempre picaban. –Chase se rio y Sharpe no dijo nada. Conocía al hombre del que hablaba Chase, y una noche hasta lo había ayudado a vaciar el almacén, pero creyó que era mejor guardar silencio–. Pero usted y yo estamos bien, Sharpe –continuó Chase–, aparte de algún arañazo y algún moretón, y eso es lo único que importa, ¿eh?

–Sí, señor: estamos bien –asintió Sharpe. Los dos hombres, seguidos por la tripulación de la barcaza de Chase, regresaban andando a través de los callejones de acre olor de Bombay y ambos llevaban dinero. Al principio Chase había celebrado un contrato con Rao para que abasteciera su barco de ron, brandi, vino y tabaco, y ahora, en lugar de las doscientas dieciséis guineas que le había pagado al mercader, llevaba trescientas, y, por su parte, Sharpe tenía doscientas rupias, de modo que en conjunto había sido una noche productiva, especialmente porque Panjit había prometido suministrarle a Sharpe la cama, las mantas, el balde, el farol, el arcón, el *arrack*, el tabaco, el jabón y el filtro, todo lo cual se le entregaría en el *Calliope* al amanecer sin que Sharpe tuviera que pagar nada. Los dos indios se habían mostrado ansiosos por apaciguar a los ingleses en cuanto se dieron cuenta de que Chase y Sharpe no tenían intención de contarles a las víctimas desplumadas que Nana Rao seguía vivo; así pues, los mercaderes dieron de comer a sus no deseados invitados, les sirvieron un montón de *arrack*, les pagaron el dinero, les juraron amistad eterna y les dieron las buenas noches. Ahora Chase y Sharpe se abrían camino a tientas por la oscura ciudad.

–¡Dios, este lugar apesta! –dijo Chase.

–¿No había estado aquí nunca? –preguntó Sharpe, sorprendido.

–Llevo cinco meses en la India –respondió Chase–, pero siempre he dado en el mar. Ahora hace una semana que vivo en tierra, y esto apesta. ¡Dios mío, qué mal huele este lugar!

–No más que Londres –replicó Sharpe. Y era cierto, pero allí los olores eran distintos. En lugar de a gases de carbón, olía a estiércol de buey y a los intensos aromas de las especias y las aguas residuales. Era un olor dulce, quizás incluso fuerte, pero no era desagradable. Sharpe se acordó de cuando había llegado por primera vez, y de cómo había retrocedido ante aquel olor que entonces le parecía acogedor e incluso apetecible–. Yo lo voy a echar de menos –admitió Sharpe–. A veces pienso que ojalá no regresara a Inglaterra.

–¿En qué barco está?

–En el *Calliope*.

Aquello a Chase pareció divertirlo.

–¿Y qué le parece Peculiar?

–¿Peculiar? –preguntó Sharpe.

–Peculiar Cromwell, por supuesto; el capitán –Chase miró a Sharpe–. Lo habrá conocido ¿no?

–No. Nunca he oído hablar de él.

–Pero el convoy debió de llegar hace dos meses –dijo Chase.

–Así es.

–Entonces tendría que haber hecho un esfuerzo para ver a Peculiar. Es su verdadero nombre, por cierto: Peculiar Cromwell. Raro, ¿eh? Estuvo en la marina, la mayoría de los capitanes de la Compañía de las Indias Orientales estuvieron en la armada, pero Peculiar dimitió porque quería hacerse rico. También creía que deberían haberlo nombrado almirante, y no haber tenido que pasar unos años tediosos como mero capitán. Es un tipo extraño, pero go-

bierna un barco muy ordenado, y muy rápido también. No puedo creer que no hiciera lo posible por conocerle.

—¿Y por qué debería haberlo hecho? —preguntó Sharpe.

—Pues para asegurarse de obtener ciertos privilegios a bordo, claro está. ¿Puedo suponer que viaja usted en el entrepuente?

—Viajo barato, si es eso a lo que se refiere —contestó Sharpe. Lo dijo con amargura, pues aunque había pagado la tarifa más barata que había, su pasaje le había costado ciento siete libras y quince chelines. Al principio creyó que el ejército le pagaría el viaje, pero se habían negado a hacerlo alegando que Sharpe había aceptado una invitación para unirse al 95.º de Fusileros, y que si el 95.º de Fusileros no quería pagarle el pasaje, que se fueran al carajo, al carajo sus casacas de color equivocado y al carajo Sharpe. De modo que había arrancado uno de los valiosos diamantes del dobladillo de su casaca roja y él mismo se había pagado la travesía. Seguía teniendo un dineral en piedras preciosas, las que se había llevado del cuerpo del Tippoo Sultán en un túnel frío y húmedo de Seringapatam, pero le molestaba utilizar el botín para pagar a la Compañía de las Indias Orientales. Gran Bretaña había enviado a Sharpe a la India y, a juicio de Sharpe, era Gran Bretaña la que debía encargarse de su regreso.

—Pues lo más inteligente, Sharpe —dijo Chase—, hubiera sido presentarse a Peculiar mientras éste se alojaba en tierra y ofrecerle un regalo a ese cabrón avaricioso, porque entonces le hubiera asignado unas dependencias decentes. Pero si no le ha untado la mano a Peculiar, Sharpe, lo más probable es que le haga viajar en la cubierta inferior con las ratas. Viajar en la cubierta principal es mucho mejor y no cuesta ni un penique más; en la cubierta baja no hay nada más que pedos, vómito y sufrimiento durante todo el camino hasta casa. —Los dos hombres ha-

bían abandonado los estrechos callejones e iban a la cabeza de la tripulación de la gabarra por una calle bordeada de zanjas llenas de aguas residuales. Aquél era un barrio de hojalateros; las fraguas ya ardían intensamente y el sonido de los martillos repiqueteaba en la noche. Unas pálidas vacas vieron pasar a los marineros. Los perros ladraron frenéticamente, despertando a los pobres sin hogar que se acurrucaban entre las zanjas y las paredes de las casas-. Es una lástima que zarpe usted en un convoy –añadió Chase.

–¿Por qué, señor?

–Porque un convoy va a la velocidad de su embarcación más lenta –explicó Chase-. El *Calliope* podría llegar a Inglaterra en tres meses si se le permitiera volar, pero tendrá que ir renqueando. Ojalá pudiera navegar con usted. Yo mismo le ofrecería pasaje como agradecimiento por haberme rescatado esta noche, pero lamentablemente me dirijo a la caza de fantasmas...

–¿A la caza de fantasmas, señor?

–¿Ha oído hablar del *Revenant*?

–No, señor.

–¡Qué ignorancia la de ustedes los soldados! –dijo Chase, divertido-. El *Revenant*, mi querido Sharpe, es un setenta y cuatro francés que ronda por el océano Índico. Se esconde en Mauricio, realiza incursiones para atrapar a sus presas y luego vuelve a escabullirse rápidamente antes de que podamos atraparlo. Yo estoy aquí para contener su fervor, aunque antes de darle caza tengo que rascar bien la carena. Tras ocho meses en alta mar, mi barco va demasiado lento, de modo que estamos limpiando las bromas del casco para que vaya más deprisa.

–Le deseo buena suerte, señor –dijo Sharpe, y a continuación frunció el ceño-. Pero, ¿qué tiene eso que ver con los fantasmas? –Normalmente no le gustaba hacer semejantes preguntas. Tiempo atrás Sharpe había marchado

en las filas de un batallón de casacas rojas, pero luego lo habían hecho oficial, y así se había encontrado inmerso en un mundo donde casi todos eran hombres cultos menos él. Se había acostumbrado a dejar que se le escaparan pequeños misterios, pero esta vez decidió que no le importaba poner de manifiesto su ignorancia ante un hombre de talante tan afable como Chase.

–*Revenant* es la palabra francesa para decir «fantasma» –dijo Chase–. Sustantivo, masculino. Yo tuve un profesor particular para estas cosas que me inculcó el lenguaje a golpes, y ahora a mí me gustaría sacárselo a él a azotes. –En un patio cercano cacareó un gallo y Chase levantó la vista al cielo–. Está a punto de amanecer –dijo–. ¿Me permitirá que le ofrezca el desayuno? Después mis muchachos lo llevarán hasta el *Calliope*. Y entonces, que Dios le acompañe de vuelta a casa, ¿eh?

A casa. A Sharpe aquélla le resultaba una palabra extraña, porque no tenía más casa que el ejército y hacía seis años que no veía Inglaterra. ¡Seis años! Y, sin embargo, no sentía ninguna oleada de gozo ante la perspectiva de zarpar rumbo a Inglaterra. No pensaba en ella como en su hogar, la verdad es que no tenía ni idea de lo que era un hogar, pero, estuviera donde estuviera aquel esquivo lugar, allí se dirigía él.

* * *

Mientras limpiaban su barco de algas, Chase se alojaba en tierra.

–Lo volcamos, le limpiamos la carena revestida de cobre y lo ponemos a flote –explicó mientras los sirvientes traían café, huevos duros, panecillos, jamón, pollo frío y un cesto de mangos–. Restregar la carena es un maldito fastidio. Hay que trasladar todos los cañones a otro sitio y sacar la mitad de la carga de la bodega, pero cuando esté

hecho navegará de maravilla. ¡Sírvese más huevos, Sharpe! Debe de estar hambriento. Yo lo estoy. ¿Le gusta la casa? Pertenece al primo hermano de mi esposa. Es comerciante aquí, aunque ahora mismo se encuentra en las colinas haciendo lo que sea que hacen los comerciantes para enriquecerse. Fue su mayordomo quien me alertó de las trampas de Nana Rao. Siéntese, Sharpe, siéntese. Coma.

Tomaron el desayuno a la sombra de una ancha galería que daba a un pequeño jardín, un camino y el mar. Chase era cortés, generoso y aparentemente indiferente al enorme abismo que existía entre un mero alférez, el oficial de menor jerarquía del ejército, y un capitán de la marina, que oficialmente era el equivalente a un coronel del ejército, aunque a bordo de su barco un hombre así estaba por encima de los mismísimos poderes del cielo. Al principio Sharpe había sido consciente de ese abismo, pero poco a poco había ido descubriendo que Joel Chase era una persona bondadosa de verdad, y el oficial de la marina, cuya sincera gratitud no tenía límites, no tardó en ganarse la simpatía de Sharpe.

—¿Se da cuenta de que ese bastardo de Panjit realmente podría haberme llevado ante los tribunales? —preguntó Chase—. ¡Dios mío, Sharpe, eso habría sido un lío! Y Nana Rao hubiera desaparecido, ¿y quién iba a creerme si decía que el muerto había vuelto a la vida? Sírvase más jamón, por favor. Como mínimo, eso hubiera supuesto una investigación, y casi seguro un consejo de guerra. He tenido una suerte bárbara por haber sobrevivido con mis hombres intactos. ¿Pero cómo iba yo a saber que tenía un ejército privado?

—Salimos bien de ésta, señor.

—Gracias a usted, Sharpe, gracias a usted. —Chase se estremeció—. Mi padre siempre decía que antes de cumplir los treinta estaría muerto, y ya los he sobrepasado en cinco años. Pero un día me meteré en problemas y no habrá nin-

gún alférez para sacarme de ellos. –Dio unas palmaditas a la bolsa que contenía el dinero recibido de Nana Rao y Panjit–. Y, entre usted y yo, Sharpe: este dinero me viene como caído del cielo. ¡Como caído del cielo! ¿Cree usted que en Inglaterra podríamos cultivar mangos?

–No lo sé, señor.

–Voy a intentarlo. Plantaré un par de ellos en una zona cálida del jardín y ¿quién sabe? –Chase sirvió café y estiró sus largas piernas. Tenía curiosidad por saber por qué Sharpe, un hombre que rondaba los treinta años, sólo era alférez. Se lo preguntó con exquisito tacto y, en cuanto descubrió que a Sharpe lo habían ascendido desde la tropa, su admiración fue de lo más sincera–. Una vez tuve un capitán que subió desde el escobén –le contó a Sharpe–, ¡y era condenadamente bueno! Sabía lo que hacía. Comprendía lo que pasaba en los sitios oscuros donde la mayoría de capitanes no se atreven a mirar. Creo que el ejército tiene suerte con usted, Sharpe.

–No estoy seguro de que ellos piensen lo mismo, señor.

–Lo susurraré en algunos oídos, Sharpe, aunque si no atrapo al *Revenant* serán poquísimos los que me escuchan.

–Lo atraparé, señor.

–Rezo para que así sea, pero es una bestia muy rápida. Rápida y escurridiza. Todos los barcos franceses lo son. Dios sabe que esos cabrones no saben gobernarlos, pero sí saben construirlos. Los barcos franceses son como las mujeres francesas, Sharpe. Hermosas y rápidas, pero desastrosamente tripuladas. Póngase un poco de mostaza. –Chase empujó el tarro hacia el otro lado de la mesa y luego acarició a un flaco gatito negro mientras dirigía la mirada más allá de las palmeras hacia el mar–. Me gusta el café –dijo, y a continuación señaló hacia el mar–. Allí está el *Calliope*.

Sharpe miró, pero lo único que vio fue una concentración de embarcaciones en el puerto, a lo lejos, más allá de las aguas menos profundas, donde transitaban montones de barcas, lanchas y embarcaciones pesqueras.

—Es el que está secando las gavias —dijo Chase, y Sharpe vio que uno de los distantes barcos había desplegado sus velas más altas, pero desde aquella distancia tenía el mismo aspecto que la otra docena de embarcaciones de la Compañía de las Indias Orientales que iban a zarpar juntas rumbo a casa para protegerse contra los corsarios que rondaban el océano Índico. Desde la costa parecían naves de la marina, pues sus cascos estaban pintados de blanco y negro para insinuar que tras las portas cerradas se ocultaban unas sólidas andanas, aunque aquella artimaña no engañaría a ningún corsario. Aquellos barcos, con sus cascos repletos de las riquezas de la India, eran las presas más sensacionales que cualquier corsario o capitán de la marina francesa podía desear. Si uno quería vivir y morir rico, lo único que tenía que hacer era capturar un barco de la Compañía de las Indias Orientales. Y por esa razón aquellas grandes naves navegaban en convoy.

—¿Dónde está su barco, señor? —preguntó Sharpe.

—Desde aquí no lo veo —respondió Chase—. Lo están carenando en un bajío, en el extremo más alejado de la Isla del Elefante.

—¿Carenando?

—Inclinado a un lado para que podamos limpiarle el casco.

—¿Cómo se llama?

Chase pareció avergonzado.

—*Pucelle* —dijo.

—¿*Pucelle*? Suena francés.

—Es francés, Sharpe. Quiere decir «virgen». —Chase fingió sentirse ofendido cuando Sharpe se rio—. ¿Ha oído hablar de *la Pucelle d'Orléans*?